

Arte

La mujer en el arte

El convento

• Bibiana Dueñas O'Kelard •

La mujer en la edad media tenía dos posibles destinos: la familia o el convento. Se dedicaba al servicio de la familia o al servicio de Dios. Si se dedicaba al servicio de la familia sus actividades diarias eran de carácter doméstico como limpiar, cocinar, coser, cuidar a los hermanos, padres o familiares y su principal meta por alcanzar era el matrimonio.

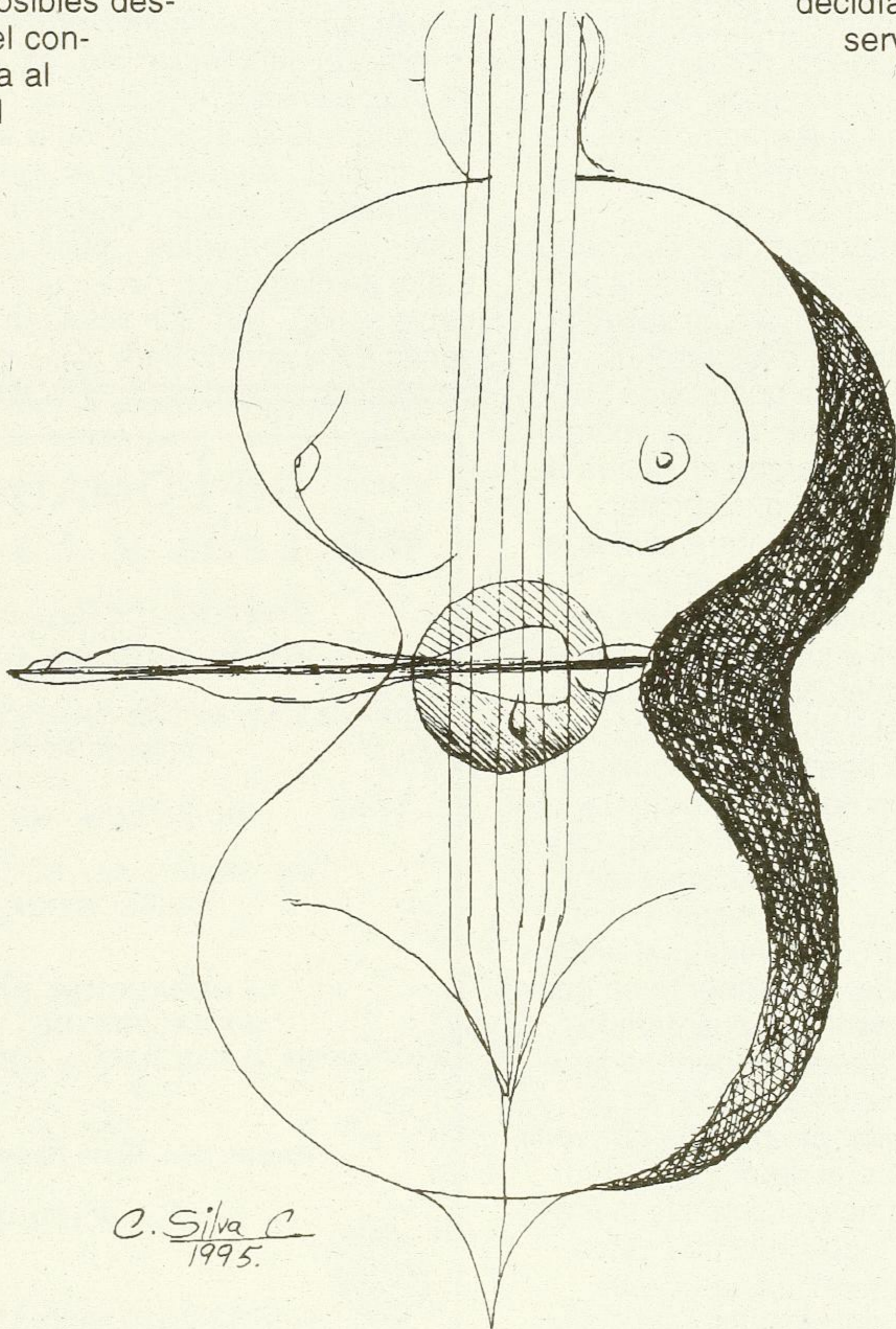
Si por alguna razón no podía llevar a cabo esta serie de actividades, su destino probablemente sería el convento. Las razones por las que entraba al convento eran variadas, como podría ser que estuviera impedida físicamente para las labores propias del hogar o que ningún hombre la solicitara para el matrimonio porque sus padres no contarán con la dote necesaria para casarla o simplemente ingresaba al

convento porque sus padres o ella decidían que su destino era el de servir a Dios.

El ingreso al convento tenía ciertas ventajas, aunque nos cueste trabajo imaginarlo en esta época, pues liberaba a la mujer de su absorbente destino de la reproducción y de los servicios domésticos, proporcionándole una cierta cantidad de tiempo libre.

Recordemos a Sor Juana Inés de la Cruz, quién decidió seguir la vida monástica pues quería vivir sola, sin ocupaciones obligatorias que le impidieran la libertad de estudio y vivir en el silencio de sus libros.

Para el desarrollo de la cultura y el arte siempre se han necesitado medios económicos y tiempo libre por encima de las necesidades cotidianas. Gracias a estas condiciones de vida, las religiosas pudieron con-



C. Silva C.
1995.

tribuir al desarrollo de la cultura.

La Edad Media, a diferencia de épocas anteriores, ofrecía grandes oportunidades a las mujeres. Reinas, princesas y nobles ejercían gran poder e influencia sobre grandes territorios durante las largas ausencias de sus esposos en tiempos de guerra.

Los primeros conventos eran instituciones aristócratas fundadas por mujeres pertenecientes a familias reales. Las abadesas ejercían poder al igual que los obispos. También existieron mecenas femeninas quienes realizaron importantes contribuciones al desarrollo del arte en esta época.

La división del trabajo por sexos también prevalecía en el ejercicio del servicio a Dios. Generalmente los hombres esculpían, pintaban, trabajaban el metal y el vidrio, mientras que las monjas tejían, bordaban y cosían. Las mujeres participaron en la elaboración de libros. Aunque es imposible determinar con exactitud los límites de dicha participación, se sabe que las mujeres se interesaron en la ilustración y en la caligrafía, no tanto por el reconocimiento de la importante labor de la creación de libros, sino como un reflejo de sus vidas sedentarias. La ilustración de manuscritos era un trabajo arduo, se necesitaba de mucha paciencia para realizar dibujos en miniatura muy detallados, había que pasar largas jornadas frente a la mesa de trabajo. No se le daba mucha libertad de expresión al artista para desarrollar su propia personalidad, había que seguir ciertas reglas para la ilustración de los manuscritos religiosos.

Una actividad importante en la elaboración de libros, en la que también colaboraban las religiosas, era la caligrafía, una tarea muy difícil que consistía en escribir a mano cada letra que conformaba el texto del manuscrito, únicamente se dejaban las mayúsculas para ilustración.

Las mujeres fueron de gran utilidad en la creciente industria de fabricación de libros. En el siglo XIII nobles y comerciantes se convirtieron en coleccionistas de libros, lo cual se convirtió en un símbolo de poder y riqueza.

Entre las ilustradoras más notables se encuentra Hildegarda de Bingen, creadora de notables miniaturas que ilustraban sus visiones bajo su creativa imaginación. Otra notable ilustradora fue Ende "pintora y sierva del señor". Ilustró el libro: "El Beato de Gerona" en el año 975. En su arte predominan los trazos finos del pincel, pero lo que confiere auténtica originalidad a su estilo es su atrevimiento a representar escenas de la vida de Cristo, hecho inusitado para su época porque anteriormente dichas representaciones se limitaban a símbolos misteriosos y complicados.

Tiempo después de la invención de la imprenta, prevaleció en los conventos la actividad de copiar e ilustrar libros. También fuera del convento se continuó con el desarrollo de la caligrafía y la ilustración, las cuales eran ejecutadas principalmente por mujeres.

Otras actividades que desarrollaron con gran éxito las mujeres que ingresaron a los conventos, fue el bor-

dado de miles de metros cuadrados de preciosas telas utilizadas en las iglesias de Europa.

En prácticamente todas las mitologías se confiere la invención del hilado y el tejido al genio femenino. La mujer a través de la historia, se ha dedicado a "vestir" al mundo. A lo largo de las generaciones en una familia, la mujer no era recordada por el trabajo "inútil" que realizaba, como limpiar pisos o remendar calcetines, pero seguramente se le recordaba por los bordados, tejidos y deshilados que pasaban de generación en generación.

En Inglaterra se elaboraron toda clase de textiles, los cuales gozaron de gran renombre. Uno de los trabajos más apreciados es el Tapiz de Bayeux del siglo XI, un bordado de lana, en el cual se representa detalladamente la historia de la conquista de Guillermo de Inglaterra. Tradicionalmente se le atribuye a la Reina Matilde y sus damas. En Alemania, Suiza y Francia también se realizaron preciosos trabajos durante esta época.

La antigua historia de los textiles es incierta debido a la fragilidad del material. A pesar de esto, muchos de los textiles que llegaron hasta nuestros días pertenecen al arte cristiano, gracias al esmerado cuidado que recibían en las iglesias a las cuales se destinaban originalmente. Existe una gran variedad no solamente en técnica y diseño, sino también en función: cortinas, banderas, carpetas, vestiduras religiosas, tapices. Estos textiles estaban trabajados en lana sobre un fondo de lino, o bordados. Mezclados con la lana se encuentran hilos de seda o hilos de metal, hilos de oro; a veces el material empleado era el algodón.

Actualmente gran parte de este trabajo, en el que predomina la imaginación y el dominio de la geometría, podría considerarse como verdadera obra de arte, ya que el trabajo del bordado y tejido ha sido sustituido en gran parte por la moderna industria textil.

Desafortunadamente a esta actividad se le consideró arte "menor" y muchas mujeres que dedicaron una gran parte de su vida a esta actividad pasaron en completo anonimato. Hay que tener presente que durante la Edad Media no se tenía una clara distinción entre "arte" y "artesanía". Las miniaturistas y bordadoras utilizaban los mismos adornos que los pintores y escultores. Tampoco se tenía la costumbre de firmar los trabajos realizados, muchos de los cuales se quedaron en el anonimato.

A finales de la Edad Media, los talleres de artesanos estuvieron muy activos y relegaron a las mujeres que trabajaban en los conventos.

Las mujeres que colaboraron en la elaboración de libros y en la confección de telas eclesiásticas seguramente nunca soñaron con llamarse a sí mismas "artistas" o que su trabajo fuera considerado como una "obra de arte". Las sorprendentes miniaturas y elaborados bordados nunca traspasaron las puertas de las iglesias y los hogares, únicamente se convirtieron en pálidas sombras dentro de la historia del arte. 